
Juan-José Iglesias Rodríguez*

LAS ENTRADAS DE CRISTIANOS EN BERBERÍA (SIGLOS XV-XVI). RELACIONES PACÍFICAS Y VIOLENTAS

INCURSIONS OF CHRISTIANS INTO BARBARY (FIFTEENTH TO SIXTEENTH CENTURIES). PEACEFUL AND VIOLENT RELATIONS

Resumen: Esta contribución intenta dar cuenta, de forma sintética, de las relaciones desarrolladas entre España y el norte de África entre los siglos XV y XVI. Tales relaciones adoptaron tanto formas pacíficas como conflictivas. La principal tesis que subyace en este trabajo es que, por encima del revestimiento ideológico-religioso, que aparece como un aparato justificador del enfrentamiento entre cristianos y musulmanes a fines de la Edad Media y comienzos de la Edad Moderna, los contactos entre unos y otros dependieron en realidad en mayor medida de motivaciones coyunturales de naturaleza económica o política y de la puesta en juego de intereses respectivos, condicionados en última instancia por la vecindad entre ambos mundos y por su inmediatez geográfica. La hostilidad que presidió habitualmente la relación entre ambos no excluyó, sin embargo, ciertas formas puntuales de mutua colaboración.

Palabras clave: comercio, pesca, corso, litoral atlántico andaluz, Magreb.

Abstract: This contribution seeks to reflect, in summary form, the relations developed between Spain and North Africa from the fifteenth to the sixteenth centuries. Such relations took both peaceful and conflictive forms. The main thesis behind this paper is that, above the ideological or religious mask, which appears as a justification for the clash between Christians and Muslims in the Late Middle Ages and the beginning of the Modern Age, contacts with one another actually depended to a greater extent on cyclical reasons of economic or political nature and on the implementation of their respective interests, ultimately determined by the neighbourly relations between both worlds and their geographical proximity. The hostility which generally prevailed in the relations between the two groups did not, however, exclude certain isolated forms of mutual cooperation.

Keywords: trade, fishing, privateering, Atlantic coast of Andalusia, Maghreb.

Durante la Edad Media, la historia de España fue la historia de la permanente lucha entre cristianos y musulmanes por el dominio de la Península Ibérica. A lo largo de un proceso multiseccular, los reinos cristianos constituidos al norte de la Península fueron conquistando territorios del Al-Andalus musulmán, hasta que, después de las campañas de Fernando III y Alfonso X en el siglo XIII, a fines de este siglo y comienzos del XIV el territorio musulmán quedó reducido al emirato nazarí de Granada, que se mantuvo hasta finales del siglo

* Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Sevilla. Dirección electrónica: jjiglesias@us.es
Fechas de recepción, evaluación y aceptación del artículo: 20-XII de 2012, 7-III y 11-IV de 2013.

XV. La definitiva incorporación de este territorio a los dominios de la Corona de Castilla tuvo lugar, como es de sobra conocido, entre 1482 y 1492¹.

Desde su conquista cristiana en el siglo XIII, Andalucía quedó configurada como una tierra de frontera con el emirato granadino. El hecho fronterizo marcó profundamente la trayectoria histórica de la región². La conquista del Reino de Sevilla significó también la aparición de una nueva frontera, esta vez de carácter marítimo, con los territorios musulmanes del norte de África. La realidad del Estrecho de Gibraltar como zona de frontera con el musulmán no sólo no desapareció, sino que se reforzó tras la conquista de Granada, quedando el mar de Alborán englobado, junto al Estrecho, en esa conflictiva frontera marítima.

El Mediterráneo quedó dividido en dos orillas: una cristiana al norte y otra musulmana al sur. Razones de carácter político e ideológico distanciaban ambos mundos, que, sin embargo, no se hallaban completamente separados ni aislados entre sí. Por el contrario, se trató de una frontera permeable, que determinó la existencia de múltiples relaciones entre Europa y el Magreb. El expansionismo del Imperio turco otomano en el Mediterráneo propició un enfrentamiento de imperios en el siglo XVI que agudizó las tensiones entre cristianos y musulmanes, pero tampoco significó el cierre absoluto entre ambas zonas.

1. Castilla, Portugal y el norte de África

La conquista de la Baja Andalucía por la Corona de Castilla vino seguida de la organización de grandes municipios de realengo y de la constitución de amplios señoríos territoriales en manos de linajes de la aristocracia andaluza como los Guzmán y los Ponce de León. Tales señoríos se situaron de preferencia en la frontera con los musulmanes granadinos o en el litoral atlántico, peligroso y expuesto a los ataques procedentes del norte de África. A su vez, los núcleos de población del litoral bajoandaluz constituyeron la punta de lanza del expansionismo atlántico castellano, cuyas manifestaciones pueden ya rastrearse desde el siglo XIV, pero que registró su etapa de mayor intensidad en el último cuarto del XV. A lo largo de esta centuria las expediciones de saqueo en las costas africanas organizadas por los señores nobiliarios o por grandes municipios como Jerez de la Frontera coexistieron con las actividades pacíficas de comerciantes y pescadores que operaban en la misma área. Junto a ellas, se advierte

¹ Ladero Quesada, M-A. (1988).

² García Fernández, M. (1990).

también el deseo de la corona castellana, claramente de manifiesto durante el reinado de los Reyes Católicos, de expandir sus dominios por el África atlántica.

El expansionismo atlántico castellano, cuyo fruto más visible fue el control de una parte del archipiélago canario, entraba en franca colisión con el protagonizado por la Corona de Portugal³. Del mismo modo que ocurrió en Castilla, el proceso de avance de la frontera hacia el sur había hecho surgir en Portugal formas de vida y había contribuido a generar una mentalidad social que determinaron la búsqueda de una nueva frontera cuando la conquista cristiana alcanzó las últimas costas peninsulares. El ideal caballeresco de cruzada pudo así convivir con los intereses ligados a la búsqueda de rutas alternativas para acceder al oro africano o a las exóticas especias orientales, una vez que la expansión del imperio otomano dificultó la continuidad del comercio a través del Mediterráneo oriental.

Portugal se lanzó a la exploración y conquista del litoral atlántico africano. Desde el siglo XIII había organizado viajes a las islas Canarias, y en el siglo XIV los portugueses habían llegado a las Azores y a Madeira. Los marinos portugueses adquirieron grandes conocimientos de la ciencia náutica, alentados desde el poder político en la época de Enrique el Navegante y la escuela de Sagres, y contaba con expertos navegantes, que demostraron ser a un tiempo grandes conocedores de las técnicas de navegación de la época⁴.

En 1479, al concluir la guerra de sucesión a la corona castellana, Castilla y Portugal alcanzaron un acuerdo para repartirse sus respectivas zonas de influencia en el África atlántica. Por el Tratado de Alcaçovas, el rey portugués Alfonso V reconocía a Isabel como reina de Castilla, frente a las pretensiones dinásticas sostenidas por Juana la Beltraneja, así como el derecho castellano sobre las Canarias y sobre el trozo de costa situado frente a ellas en el continente: Mar Pequeña. A cambio, Castilla reconocía los derechos de Portugal sobre el resto del litoral atlántico africano. Este acuerdo, ratificado en 1494 por el Tratado de Tordesillas, representó la base para que Portugal añadiera a Ceuta, que ya conquistara a principios del XV, un conjunto de plazas como Tánger, Agadir y Safi.

Por lo que respecta al norte de África, el territorio comprendido entre Agadir y las Canarias, en el Atlántico, y Trípoli, en el Mediterráneo central, era conocido a fines de la Edad Media y durante los siglos modernos como Berbería,

³ Castro, A. (1994); Castañeda, P. (1995).

⁴ Chaunu, P. (1982).

una zona ligada desde siglos atrás a la religión y la cultura musulmanas que hoy conocemos como Magreb. En ella se distinguía entre *Berbería de Poniente*, correspondiente al sector atlántico del norte de África, y *Berbería de Levante*, identificada con el norte de África mediterráneo. Se trataba de un área heterogénea desde el punto de vista político. Una serie de dinastías, como la hafsida en Túnez, los abdelwadíes de Tremecén o los meriníes y los wattasíes en Marruecos, se repartían el territorio, en medio de un permanente clima de inestabilidad y de luchas intestinas por el poder que favorecieron el intervencionismo europeo en aquella región. Las diferencias étnicas entre bereberes y beduinos contribuían a la falta de cohesión social, más acusada aún por las existentes entre los habitantes de la costa, en buena medida dedicados a la piratería, y los del interior, que en su mayor parte vivían de la ganadería.

El imperio otomano extendió su área de influencia hasta las costas africanas del Mediterráneo central, obteniendo la colaboración y el vasallaje de los señores que dominaban las ciudades dedicadas al corsarismo. En la parte más occidental del norte de África, Marruecos mantuvo una mayor independencia respecto a los turcos, pero experimentó en sus costas los efectos del expansionismo portugués y castellano. Portugal aprovechó para su penetración política y comercial la situación interna del país, debilitado por las luchas internas entre meriníes y wattasíes, y la colaboración de los llamados “moros de paz”, estableciendo agentes y extendiendo su área de influencia. Ello provocó a la larga el malestar social contra los sultanes wattasíes, instalados en el trono de Fez, y su sustitución en el siglo XVI por una nueva dinastía, los Banu Saad. Éstos procedían del Sur e hicieron bandera de la *yihad* contra los portugueses para instalarse en 1525 en Marrakech, tomar Agadir en 1541 y ocupar Fez en 1549, expulsando definitivamente a los wattasíes cinco años más tarde.

A pesar del fervor contra los infieles cristianos que habían alentado, los saadianos, una vez instalados en el trono, establecieron relaciones comerciales con Inglaterra y hubieron de ceder el Peñón de Vélez a los españoles en 1569. Años después, en 1578, se enfrentaron al rey don Sebastián de Portugal, quien invadió Marruecos animado por un visionario espíritu de cruzada, en la famosa batalla de Alcazarquivir, tras la que asumió el poder un nuevo sultán: Abdul Abbas Ahmed, conocido con el nombre de al-Mansur (*el Victorioso*). Éste procedió a una profunda reorganización administrativa del territorio marroquí, estableció relaciones diplomáticas con España y favoreció la existencia de intercambios comerciales con Inglaterra y Holanda.

2. Las relaciones entre Andalucía y Berbería de Poniente

Las relaciones entre los puertos andaluces y el África atlántica, tanto las pacíficas como las de carácter violento, fueron intensas⁵. Siguiendo la síntesis trazada por M. González Jiménez⁶, debemos destacar, en el contexto de dichas relaciones, varios tipos de actividades: la pesca⁷, el comercio, las cabalgadas y el corso⁸.

La frecuente presencia de pescadores andaluces, portugueses y cántabros durante los siglos XV y XVI en los caladeros atlánticos norteafricanos es un hecho demostrado. La principal base de estas pesquerías era El Puerto de Santa María, donde confluían para abastecerse numerosos barcos de pesca procedentes del Algarve y de San Vicente de la Barquera. En El Puerto cargaban vino, aceite y sal y, a su regreso, vendían parte del producto de su actividad. La sal constituía un elemento fundamental para la conservación de la pesca obtenida en alta mar. Era producida en abundancia en El Puerto y vendida con rebaja de su precio a los pescadores foráneos, por concesión del duque de Medinaceli, señor de la villa. Enrique Otte indica que las salinas de El Puerto de Santa María eran tal vez las mayores del país⁹.

H. Sancho alude a la existencia de pesquerías portuenses en Marruecos desde el siglo XV, señalando que las más importantes eran las de Anasal y el cabo de Aguer, donde se obtenían sardinas, alosas y pescadas¹⁰. La importancia de la actividad pesquera en El Puerto, que a la sazón constituía el principal núcleo de población del litoral atlántico andaluz, así como la riqueza procedente de ella motivaron que los duques de Medinaceli, señores jurisdiccionales de la villa, trataran de impulsarla, al tiempo que de obtener beneficios fiscales mediante la imposición de exacciones sobre la pesca.

En 1474 el duque don Luis de la Cerda concedió a los pescadores portuenses un conjunto de franquicias y privilegios, entre los que figuraba la exención del pago de impuestos ordinarios¹¹. En las dos primeras décadas del siglo XVI, los impuestos sobre la pesca figuraban por su variedad y volumen de recaudación, a la cabeza de la fiscalidad señorial impuesta sobre la villa. Así, en 1512,

⁵ Fábregas, A. (2008).

⁶ González Jiménez, M. (1985).

⁷ Martín Corrales, E. (2000); AA. VV. (2006); AA. VV. (2009).

⁸ Sacho de Sopranis, H. (1949).

⁹ Otte, E. (1996).

¹⁰ Sancho Mayí, H. (1943:196-202).

¹¹ Franco Silva, A. (1995:192-193).

las diversas rentas impuestas sobre la pesca (renta de las pescadas, de los percheles, de la sardina, del pescado cecial, etc.) ingresaron en las arcas del duque de Medinaceli una cantidad superior a los novecientos mil maravedíes, que representaron el 18% del total de los ingresos señoriales de los Medinaceli en su señorío de El Puerto. Una década después, en 1522, dicha cantidad se vio notablemente incrementada, superando el millón de maravedíes¹². Aunque el volumen de recaudación era inferior al registrado en El Puerto, en los lugares litorales sometidos a la jurisdicción de la Casa de Medina Sidonia, como es el caso de Sanlúcar de Barrameda, los ingresos señoriales derivados de los impuestos sobre la pesca hablan también a las claras de la importancia de esta actividad.

Un padrón de pescadores fechado en 1537 señala la existencia en El Puerto de Santa María de más de doscientos individuos dedicados a la pesca de altura en los caladeros norteafricanos, que representaban aproximadamente el 12% de la población activa local. Posiblemente esta referencia marca el momento de máximo desarrollo de la pesca en el litoral atlántico andaluz. A partir de la década de los cuarenta del siglo XVI la actividad comienza a mostrar síntomas de decadencia. En 1544 los ingresos fiscales sobre la pesca no alcanzaron el medio millón de maravedíes y en 1547 apenas rebasaron los trescientos mil. En 1585 superaron los cuatrocientos mil, pero esta cantidad apenas representaba ya el 6% de los ingresos fiscales del señorío de El Puerto¹³.

El comienzo del declinar de las pesquerías norteafricanas guarda relación con la actitud hostil de los jerifes marroquíes en el entorno del cabo de Aguer. Los pescadores peninsulares comenzaron a ser objeto de ataques y cautiverio, por lo que Carlos V prohibió en 1549 ir a las pesquerías y mantener tratos con los puertos marroquíes. Sin embargo, estos hechos no representaron la completa interrupción de la actividad pesquera en los caladeros norteafricanos, puesto que Agustín de Horozco escribía en 1598 en su historia de Cádiz lo siguiente, acerca de El Puerto de Santa María:

“Avía en este lugar mucho trato de chalupas que iban a la pesquería del cabo de Aguer, que es en África, de donde traían pescado social en abundantísimo número, que enriquecía a los vecinos i a los que andaban al trato en más de cien chalupas que salían al año que falta ya de veinte a esta parte, sin que apenas aya chalupa”.

¹² Iglesias Rodríguez, Juan-José (2003:91).

¹³ Iglesias Rodríguez, Juan-José (2003:92).

De esta cita se colige que la actividad pesquera portuense se mantuvo floreciente hasta fines de los años setenta del siglo, para casi desaparecer por completo a fines del mismo¹⁴.

Otra forma frecuente de relación pacífica de los puertos andaluces con Berbería y con el Atlántico norteafricano fue el comercio, comenzado a practicar posiblemente a fines del siglo XIV y con seguridad a partir de comienzos del XV, momento en que tuvieron lugar las primeras expediciones de conquista de las Canarias. En efecto, entre las islas y los puertos andaluces se estableció un frecuente comercio que tuvo como objeto la exportación a las Canarias de productos alimenticios y manufacturados de toda índole demandados por los conquistadores (aceite, vino, bizcocho, carne salada, paños, cerámica, objetos de metal...), así como la importación de productos isleños, tales como la orchilla y el azúcar.

Entre los puertos andaluces y el litoral de Berbería se desarrolló también un nutrido comercio, que tuvo en Cádiz su principal núcleo de referencia. Desde Andalucía se reexportaban a África manufacturas textiles castellanas, francesas, flamencas e inglesas, al tiempo que se importaba gran cantidad de pieles, pluma, sebo, añil, goma arábiga, azúcar, miel, almendras, alcaparras y dátiles. También se comerciaba habitualmente con las plazas portuguesas, cuyo abastecimiento ordinario se organizaba desde Andalucía a través de factores de dicha nación.

Como queda dicho, el centro de operaciones del comercio con Berbería y con las plazas africanas de Portugal era Cádiz, que gozó desde 1493 del privilegio del monopolio de este tráfico¹⁵. El comercio con África constituyó una de las principales causas de la prosperidad vivida por la ciudad a fines de la Edad Media y comienzos de la Moderna, momento en que se detecta en Cádiz la presencia de numerosos mercaderes extranjeros y, en especial, de una nutrida colonia de comerciantes genoveses¹⁶. Al objeto de impedir que los moros obtuvieran armas y municiones a través del comercio con Andalucía, el Consejo Real prohibió en 1516 la continuación del tráfico con Berbería, lo que motivó la reacción de los comerciantes gaditanos, quienes pusieron de manifiesto los grandes beneficios económicos de esta actividad, así como los importantes ingresos que reportaba a la hacienda real. En las relaciones comerciales entre Andalucía y el norte de África, hay que tener también muy presente el tráfico ejercido desde las costas del reino de Granada¹⁷.

¹⁴ Sancho Mayí, H. (1943:200-201).

¹⁵ Rumeu de Armas, Antonio (1976).

¹⁶ Sánchez Herrero, José (1981).

¹⁷ López de Coca Castañer, José-Enrique (1978).

La faceta violenta de las relaciones con Berbería viene representada por las cabalgadas y el corso¹⁸. Las primeras consistían en asaltos por sorpresa a las poblaciones y aduares del litoral berberisco para obtener botín y cautivos. Eran también conocidas en la época como operaciones *de baraxar* o *barajar*. Entre las diversas acepciones que el Diccionario de la Real Academia Española atribuye a este término están “atropellar, someter, maltratar” y “reñir, altercar o contender con otros”, pero también tiene el sentido de “navegar cerca de la costa”, costear (“barajar la costa”). Todos estos significados se adecuan a la realidad de aquellas incursiones que, por lo demás, venían a representar la continuación al otro lado del Estrecho de Gibraltar de una vieja tradición fronteriza peninsular medieval. Las cabalgadas eran organizadas tanto desde Canarias como desde los puertos andaluces, a iniciativa de los señores de ellos o de municipios de realengo como Jerez de la Frontera. En estas que constituían para la visión de la época las auténticas “entradas” de cristianos en Berbería, los vecinos de las poblaciones del litoral atlántico andaluz alcanzaron gran pericia y experiencia.

Una demostración de ello la constituye un memorial relativo a las empresas organizadas por el cardenal Cisneros en el norte de África, citado por H. Sancho, en el que se contiene el siguiente consejo:

“Otrosí que la gente que han de ir en esta armada es necesario que sea de Xerez de la Frontera y del Puerto de Santa María y de San Lúcar (...) porque en estos dichos logares lo tienen por uso ir a Africa y saltar y correr la tierra y barraxar aduares y aldeas y tomar navíos de los moros en la mar, entre los cuales hombres y gentes hay adalides que desde Bugía hasta la punta de Tetuán, que es cabe Ceuta, no hay lugar cercado, ni aldea, ni aduares, ni valles, ni sierras, ni puertos ni desembarcaderos, ni atalayas ni ardiles dispuestos adonde puedan ofender y hacer guerra que ellos no lo sepan como se ha de saber, y son tan diestros que muchas veces saltan en la tierra de los moros a atentar y espiar y están dos días y dos noches con concierto de su navío o navíos y después los tornan a recoger a su salvo con toda discreción”¹⁹.

Los nombres de algunos de estos adalides o jefes de estas expediciones de saqueo nos son conocidos. El mismo memorial se refiere a Juan de Piñar, Bartolomé Verdugo y Juan Sevilla,

¹⁸ García Figueras, T. (1957); Sancho de Sopranis, H. (1943-1944); Rumeu de Armas, A. (1951); Ladero Quesada, M-A. (1989).

¹⁹ Sancho Mayi, H. (1943:59-60).

*“estos viven en Xerez y en el Puerto; éstos han salteado y saben todos los ardides desde Alarache hasta la Mar Pequeña”*²⁰.

El Puerto y Cádiz proporcionaban navíos y marinos para las expediciones a Berbería, mientras que Jerez suministraba tropas. Sobre algunas de ellas conocemos detalles interesantes. Así, Benito de Cárdenas, cronista de Jerez, narra la que encabezó en 1480 el alcalde de Rota, Juan Sánchez, en la que participaron muchos caballeros de Jerez. Esta expedición tuvo una nutrida concurrencia, tanto de barcos como de hombres de guerra:

*“...partieron de Caliz (Cádiz) para ir allende a pie e de caballo e fueron todos en sus navíos que iban por todos los navíos serían ciento y cincuenta velas que irían en los navíos por todos los hombres seis mil personas (...) e fueron a una çibdad que se llamaba Azamor e desembarcaron en tierra e luego fueron a la çibdad e tantas velas vieron los moros que pensaron era el Rey de Portugal e pelearon con los moros e firieron por el muro de la çibdad por donde entrasen con las lanzas y entraron el muro e tomaron tres o cuatro torres. Tornaron los moros sobre los cristianos y echáronlos fuera de los muros e de las torres (...). Si non fuera por los hijos de García Dávila con un hijo de Pedro de Vera, Diego Gómez e Diego Dávila su hermano, fijos de García Dávila, que hicieron rostro cerca del agua al embarcar muriera mucha gente. Non tomaron sino un moro”*²¹.

La expedición, como se ve, se saldó con escaso resultado, a pesar del notable despliegue de fuerzas empleado. En cambio, otra protagonizada por el portuense Lorenzo de Padilla, resultó hartó más provechosa:

*“Y en otra cabalgada me hallé con caballeros de Xerez por capitán Lorenzo de Padilla con cincuenta caballeros y setecientos peones y salimos del Puerto de Santa María y dende a once días volvimos al Puerto con la cabalgada en que entramos en el río de la Mamora que es entre Alarache y Çalé y barraxamos dos aduares de los cuales trujimos cuatrocientas ánimas al Puerto, sin las que murieron”*²².

El componente social y las motivaciones de las cabalgadas en tierras *de allende* resultan cuestiones de interés. Por una parte, se observa la nutrida parti-

²⁰ Sancho Mayi, H. (1943:60).

²¹ Sancho Mayi, H. (1943:61).

²² Sancho Mayi, H. (1943:61-62).

cipación de caballeros jerezanos, es decir, miembros de la nobleza urbana de Jerez de la Frontera, junto con peones integrados en las clases populares. Este esquema viene a reproducir el de la guerra medieval contra el musulmán y resulta elocuente acerca de la mentalidad con la que las cabalgadas eran preparadas y realizadas. En efecto, aunque la forma de ejecución y las consecuencias de estas actividades las asimila a meras operaciones de saqueo, y aunque ese fuera su resultado más visible e inmediato, no puede ignorarse que se integran en la lógica militar de la lucha fronteriza contra el infiel. Caballeros y peones representan dos categorías militares, o quizás más propiamente socio-militares, que se encuentran presentes a lo largo del proceso de conquista cristiana frente al musulmán, que tanto contribuyó a moldear la mentalidad y las actitudes de los conquistadores. La presencia de la frontera musulmana de Granada mantenía vivas y activas las categorías mentales que informaron las claves de su comportamiento.

Por otra parte no puede olvidarse que los musulmanes del norte de África no solían mantener actitudes pacíficas frente a los cristianos. A menudo tales actitudes eran hostiles e incluían el saqueo periódico de las costas andaluzas y la toma de cautivos cristianos²³. Así pues, las cabalgadas en tierras de moros no respondían sólo a la pulsión de obtener riquezas por medios expeditivos, sino también a la lógica de unas seculares relaciones fronterizas conflictivas, que imponían la agresión mutua, las represalias y la toma de cautivos musulmanes como instrumento de negociación para obtener mediante canje la liberación de cautivos cristianos. La justificación religiosa de la guerra contra el infiel proveía a las actividades de saqueo de una legitimidad en la que los participantes se reconocían sin dificultades. Sin embargo, no hay que olvidar tampoco los pingües beneficios económicos procedentes de estas actividades y, en especial, los derivados de la venta de esclavos en los mercados de la Baja Andalucía y, muy especialmente, en Sevilla, donde las compra-ventas de esclavos berberiscos fueron muy frecuentes a fines del siglo XV y comienzos del XVI, como ha demostrado A. Franco²⁴.

Pero la organización de cabalgadas no se limitó a los puertos atlánticos de Andalucía. La conquista del reino de Granada proporcionó nuevas bases en las costas del mar de Alborán para las expediciones que iban “*a las partes de allende*”. M^a. T. López Beltrán documenta algunas de las que se organizaron en Málaga, en cuya repoblación participaron hombres de la mar de la Baja Andalucía que contaban con larga experiencia en la realización de cabalgadas al

²³ López de Coca Castañer, J-E. (2001).

²⁴ Franco Silva, Alfonso (1979).

otro lado del Estrecho. Así, por ejemplo, en 1514 varios vecinos de Málaga (Ruy García, Juan de Villa y Alonso Fernández de Molina) se concertaron entre sí para armar un navío “*para que vaya a entrar en tierra de moros*”²⁵.

Y junto a las cabalgadas, el corso. Las primeras se desarrollaban en tierra, el segundo en el mar, aunque las incursiones en los lugares del litoral también pueden ser consideradas como actividades de corso, dado que contaban con el beneplácito de la Corona. El corso marítimo contra los musulmanes era practicado por marinos tanto andaluces como portugueses y vascos. Entre los primeros cobraron especial importancia los de Palos y, en menor medida, los de Huelva, El Puerto de Santa María y Cádiz²⁶. Las acciones corsarias se concentraban en el cabo de Aguer y Mazagán, pero también en Arcila, Fadala, Tánger y Safi²⁷.

Los beneficios económicos del corso eran muy elevados. Unas cuentas de Cádiz del año 1485 se refieren a siete presas realizadas en el Estrecho dicho año, que reportaron en su conjunto un número de cautivos próximo a doscientos, además de cuatro embarcaciones y diversas mercancías, entre las cuales se contaban sedas, vestidos, cueros, trigo, harina, cera, pez, alquitrán, sebo, manteca y aceite. El beneficio procedente del rescate de los cautivos musulmanes reportaba centenares de miles de maravedíes²⁸.

La Corona castellana era interesada directa en el producto de las actividades corsarias²⁹, ya que se reservaba la quinta parte del valor, el llamado *quinto de presas de moros*. Sus protagonistas procuraban, en buena lógica, eludir la obligación de satisfacer el quinto, al objeto de no prescindir de una parte tan importante del beneficio obtenido en las expediciones. Los monarcas eran perfectamente conscientes de ello:

“*Sepades (afirman en un documento incorporado al tumbo sevillano de los Reyes Católicos) que a nos es fecha relación que en los quintos que a nos pertenecen de las presas que se fassen por la mar a los moros enemigos de nuestra santa fe católica, se fassen muchos fraudes e encubiertas, a cabsa de yr cada uno con lo que toma adonde quiere*”.

²⁵ López Beltrán, M^a-T. (2000, 2001).

²⁶ Sánchez Herrero, J. (1984).

²⁷ Aznar Vallejo, Eduardo (1997).

²⁸ Aznar Vallejo, Eduardo (1997).

²⁹ Bello León, J-M. (1993).

³⁰ Iglesias Rodríguez, Juan-José (2003:29-30).

Por otra parte, los señores jurisdiccionales de las villas del litoral, como es el caso del marqués de Cádiz, pretendían y a veces conseguían cobrar el quinto en su particular beneficio. Para poner a salvo los derechos de la Corona, los reyes señalaron un puerto único adonde obligatoriamente debían dirigirse con sus presas todos los navíos y fustas que participasen en expediciones de saqueo. Allí residiría un receptor real encargado de inspeccionar el botín y de apartar de éste la parte correspondiente a los monarcas en virtud del derecho del quinto. El lugar designado fue Puerto Real y el año, 1486. Allí deberían recalar, antes de dirigirse a ningún otro lugar, los barcos que interviniesen en operaciones de corso y que viniesen cargados de esclavos, caballos, ropas, joyas, cueros u otras riquezas tomadas a los musulmanes.

La designación de Puerto Real como una especie de capital del corsarismo andaluz resultaba del todo lógica. La fundación de la villa apenas tres años antes, en 1483, estuvo ligada a la estrategia atlántica de los Reyes Católicos. La existencia de un puerto realengo en un litoral con una fuerte proyección exterior, en una coyuntura expansiva, se materializó en la creación de un puerto realengo en un entorno intensamente señorializado como era el litoral atlántico bajoandaluz³⁰.

Todas estas noticias ofrecen una idea de conjunto de la intensidad que registraron las actividades marítimas del litoral bajoandaluz, auténtico crisol de experiencias de navegación y forja de hombres de mar, en las vísperas del descubrimiento de América, la mayor de las aventuras atlánticas de la Corona castellana³¹.

3. La política africana de los monarcas cristianos

A partir del reinado de los Reyes Católicos, las expediciones espontáneas bajo licencia real para entrar a saquear en los lugares de Berbería vinieron dobladas por la acción sistemática de la Corona castellana en el norte de África³². El propósito era establecer un conjunto de presidios fortificados que sirvieran de freno al corsarismo berberisco y a la expansión de la influencia turco-otomana en el Mediterráneo central y occidental³³. Junto a ello hay que contar con el avivamiento de la idea de cruzada durante la guerra de conquista de Granada, que hizo concebir a los Reyes Católicos el propósito de proseguir el enfrentamiento

³¹ González Cruz, David (2012).

³² Aznar Vallejo, E. (2007).

³³ Gutiérrez Cruz, R. (1995).

contra el infiel en el norte de África. Por otra parte, los intereses de la corona de Aragón en Italia hacían recomendable una política de control en la zona.

Un condicionante activo de la política norteafricana en tiempos de los Reyes Católicos consistió en el hecho de que Marruecos había sido incorporado al área de influencia de Portugal, tras la conquista portuguesa de Ceuta (1415) y Tánger (1471), además de otras plazas menores que quedaron englobadas en lo que se conoció como el *Algarbe de Berbería*. Los acuerdos entre Castilla y Portugal para el reparto de influencias en África significaron la libertad de acción de Castilla para culminar la conquista de Canarias, pero por otra parte determinaron que la acción conquistadora de Castilla se orientara hacia el Mediterráneo, dejando el litoral atlántico norteafricano (con la excepción de las Canarias y de Mar Pequeña) para Portugal.

El primer hecho de importancia en esta línea de actuación fue la conquista de Melilla en 1497, a cargo del duque de Medina Sidonia. Esta acción aislada tuvo continuidad en los primeros años del siglo XVI a través de una serie de campañas planificadas y organizadas por el cardenal Cisneros³⁴, que tuvieron como resultado la conquista de Mazalquivir (1505), Orán (1509), Bujía (1510) y Trípoli (1511), convertidos en presidios castellanos³⁵. Sin embargo, la derrota de Djerba puso límite a la expansión castellana. En los años siguientes, los hermanos Barbarroja (Aruj y Khareidim) comienzan su carrera en Argel, a la que convierten en la capital del corsarismo berberisco³⁶.

Durante el reinado de Carlos V, la expansión otomana pasa al primer plano de las preocupaciones políticas del emperador³⁷. En 1521 los turcos conquistan la isla de Rodas, expulsando de ella a los caballeros de la Orden de San Juan, a los que Carlos V ofreció como compensación Malta. Pero los otomanos no sólo presionan en el Mediterráneo, sino también en las fronteras orientales del Imperio. Es la época del gran sultán Solimán el Magnífico, quien en 1526 conquista Hungría y por dos veces, en 1529 y 1532, llega a las puertas de Viena. El imperio turco ejerce además un protectorado efectivo sobre los grandes corsarios que dominan las ciudades del norte de África, entre los que destacaba Khareidim Barbarroja, señor de Argel. En este contexto, la intervención de Carlos V en el norte de África se entiende dentro de la lógica del enfrentamiento con el turco y de la preocupante amenaza ejercida por éste en el Mediterráneo,

³⁴ Alonso Acero, B. (2006).

³⁵ Gutiérrez Cruz, R. (1995).

³⁶ De Bunes, M-A. (2004).

³⁷ Ontiveros Herrera, E-G. (1950).

donde la Monarquía Hispánica disponía de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, además de los presidios africanos.

La intervención de Carlos V en el norte de África se saldó con un vistoso éxito inicial, la conquista de Túnez en 1535, en cuya expedición participó el propio emperador. Barbarroja había ocupado Túnez un año antes, deponiendo al rey hafside Muley Hasán, aliado de Carlos V, a quien éste repuso en el trono. Sin embargo, en 1538 la flota imperial sufría una derrota ante los turcos en La Prevesa, frente a las costas de Albania, y tres años después, en 1541, Carlos V fracasaba en el intento de tomar Argel, donde un nuevo jefe corsario, Dragut, sustituto de Barbarroja, hacía acto de aparición. La hegemonía de Constantinopla, reforzada por la avanzadilla de Argel, amenazaba con desbordar a una cristiandad mediterránea en retroceso:

“... el musulmán reocupa ahora, al cabo de varios siglos, todos los jardines del mar –explica gráficamente F. Braudel en su monumento historiográfico sobre el mundo mediterráneo–. Hasta las Columnas de Hércules y aún más allá, hasta las inmediaciones del puerto de Sevilla y de los ricos cargamentos de América, ya no es posible circular por el Mediterráneo, sino guardándose del turco, o congraciándose con él, como los marseleses (sus aliados), los ragusinos (súbditos suyos) o los venecianos (comerciantes resignados a la neutralidad). Desde ahora, todos los aventureros del mar, la muchedumbre de renegados siempre dispuestos a venderse al más fuerte, van a enrolarse con el musulmán. Éste dispone de los barcos más veloces, de las chusmas de galeotes más numerosas y más diestras y, por último, de la más poderosa de las ciudades del Mediterráneo: Argel, la capital de la aventura berberisca”³⁸.

Dragut se entrega a la destrucción del sistema de plazas fortificadas de la Monarquía Hispánica en el norte de África. Las fichas colocadas por España en el tablero de juego norteafricano empezaron a desmoronarse una tras otra. Trípoli, mal defendida por los caballeros de la Orden de Malta, caía en agosto de 1551. Las tropas argelinas de Slah Rais se apoderaban pocos años después, en 1555, del presidio de Bugía. Orán era cercado y aparecía como una plaza vulnerable, aunque finalmente resiste. El intento de recobrar la iniciativa se saldó con un desastre en Mostaganem, donde un ejército español de 10.000 hombres fue deshecho por el bey Hasan Bajá, resultando muerto su propio jefe, el conde de Alcaudete.

³⁸ Braudel F. (1993:341).

Esta es la situación que hereda Felipe II. El nuevo monarca español era consciente del peligro. El dique norteafricano cedía ante la marea turco-berberisca. Las posesiones italianas se veían amenazadas y las propias costas españolas podían correr riesgo de una invasión³⁹. En 1560 el rey fracasa en su intento de recuperar Trípoli. Las tropas del duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, sufrieron una severa derrota en la isla de Djerba. Felipe II toma ahora plena conciencia de la dimensión del problema mediterráneo y pone en marcha un importante esfuerzo de rearme naval. Tomando prestadas palabras de Elliott, Djerba fue una “conveniente desgracia”⁴⁰. Opinión parecida sustentaba Braudel cuando afirmaba:

“En cierta medida, el desastre de Djerba ha producido efectos saludables: colocó al imperio de Felipe II frente a su misión en el Mediterráneo. Lo obligó a reaccionar. Djerba y el año 1560 marcan el momento culminante del poderío otomano. Es decir, que el Islam comienza a declinar en 1560. No por su culpa, sino como consecuencia de los largos trabajos de preparación marítima, que se inician ese mismo año y se extienden, desde Palermo y Mesina, por todas las costas de la Italia occidental y por todas las costas mediterráneas de España”⁴¹.

El programa de rearme naval de Felipe II dio sus frutos. En 1564, don García de Toledo, capitán general de los Mares, disponía de una flota de cien navíos para acometer una seria acción ofensiva contra los corsarios norteafricanos. El objetivo fijado fue la conquista del Peñón de Vélez, empresa que se saldó con un éxito que garantizaba la hegemonía hispánica en el Mediterráneo occidental. Las posiciones quedaban marcadas con nitidez: España dominaba la zona occidental, aun contando con las molestas actividades de los corsarios berberiscos; para el turco quedaba la zona oriental. El Mediterráneo central constituía la zona de fricción. Allí España debía defender importantes posesiones: los territorios italianos de Nápoles y Sicilia.

Pero el turco también se rearma. Hasta Italia llegan rumores de que la Sublime Puerta prepara un gran aparato de guerra. En efecto, en mayo de 1565 una gran flota turca, al mando de Piali Pachá, aparece ante las costas de Malta. Era el desquite de Solimán por la toma del Peñón de Vélez. Junto a Piali, los barcos de Dragut, de Cortucoli, de Alí Portuc. El golpe estaba perfectamente calcu-

³⁹ Téllez Alarcia, D. (2000).

⁴⁰ Elliott, John H. (1981:176).

⁴¹ Braudel, F. (1993:449).

lado. Si se perdía Malta, que era la llave de Sicilia, la seguridad de los estados españoles del Mediterráneo se vería seriamente amenazada. La ayuda española tardó en llegar. Hasta fines de septiembre no zarpó la flota de socorro desde Siracusa, pero el mal tiempo la obligó a volver a Sicilia. Cuando por fin la expedición española pudo desembarcar en Malta, los turcos se replegaron con rapidez y cambiaron de estrategia, preparando un gran ejército para invadir Austria. La fortaleza de Sigeth, en el sudoeste de Hungría, resiste. Allí encontró la muerte Solimán el Magnífico. El nuevo sultán, Selim II, firma la tregua con el Imperio, pero prepara una nueva ofensiva en el Mediterráneo. Ésta se inicia en 1570, pero una nueva conjunción de fuerzas, la Santa Liga entre España, Venecia y el Papa, se prepara en la Cristiandad. Los turcos desembarcan en Chipre, donde toman Nicosia y Famagusta. Pero el 7 de octubre de 1571 la flota cristiana de la Santa Liga sorprende a la flota otomana en el golfo de Lepanto y le inflige una gran derrota.

El esfuerzo naval para conseguir esta victoria había sido ingente. Según H. Sancho, El Puerto de Santa María participó en el apresto de la flota: aquí se prepararon y avituallaron no pocas de las galeras que la formaron y se embarcaron numerosos soldados que en aquel memorable combate tomaron parte⁴². Probablemente hay que moderar esta impresión. De las 90 galeras aportadas por Felipe II a la Santa Liga, sólo 14 eran de la escuadra de España, las más con base en Cartagena. El resto pertenecía a las escuadras de los reinos de Sicilia y Nápoles, a Andrea Doria o a armadores particulares⁴³. La obra que más recientemente y con mayor detalle se ha ocupado de los preparativos de la flota de la Santa Liga, la del turinés Alessandro Barbero, no contiene referencias significativas a la participación directa de El Puerto en el apresto de la flota cristiana⁴⁴. Dado el papel de El Puerto como internadero y surgidero de las galeras de España en la defensa naval de la zona del Estrecho y del golfo de Cádiz, no hay que descartar, sin embargo, que existieran contribuciones indirectas. Que las galeras de El Puerto se unieran a la flota comandada por don Juan de Austria es, sin embargo, más improbable, dado que Felipe II decidió dejar en aguas españolas las que habían de ocuparse del resguardo de las costas peninsulares⁴⁵.

El Mediterráneo cristiano, con la España de Felipe II a la cabeza, no supo o no pudo, sin embargo, sacar partido definitivo de la victoria de Lepanto. El Imperio Otomano rehizo con extraordinaria rapidez su poderío naval. La Santa

⁴² Sancho, H. (1943, 247).

⁴³ Rodríguez González, A.-R. (2010, 151).

⁴⁴ Barbero, A. (2011).

⁴⁵ El nuncio pontificio escribía a Roma en marzo de 1571 que los españoles querían “dejar cerca de diez [galeras] en estos mares de España. Barbero, A. (2011, 394-395).

Liga se descomponía con la defección de Venecia. Por otra parte, las prioridades de España se centraban en el norte de África, más que en el Mediterráneo oriental. Felipe II orientó por tanto sus esfuerzos en el sentido que más le interesaba. El monarca acariciaba el proyecto de tomar Argel. Cuna de la piratería berberisca, que cada año hostigaba el litoral andaluz y levantino, Argel constituía un objetivo mucho más lógico para Felipe II que Chipre o que cualquier otro punto del Mediterráneo oriental, hacia los que la alianza con Venecia le comprometía y arrastraba.

Finalmente, el golpe no se dirigió hacia Argel, sino hacia Túnez. La operación fue dirigida por don Juan de Austria, quien el 11 de octubre de 1573 ocupaba la ciudad norteafricana sin apenas dificultades. Sin embargo, el proceder de los españoles en Túnez resultó hasta cierto punto inexplicable. La acción se limitó a la ciudad, sin afectar al interior del país, del que aquélla dependía para su abastecimiento. Tampoco se sentaron las bases de una conquista duradera. Don Juan dejó una guarnición en Túnez y marchó a Nápoles. La vulnerabilidad de la plaza quedó al descubierto cuando el siguiente verano una flota turca al mando de Uluch Alí se apoderó no sólo de Túnez, sino también de la fortaleza española de La Goleta.

Lepanto no fue, pues, el hito definitivo. Lepanto no resolvió la definitiva hegemonía de la Cristiandad sobre el turco en el teatro mediterráneo, como la propaganda cristiana se había encargado de proclamar. Tan sólo tres años después, con la reconquista del bastión tunecino, los otomanos daban nueva prueba de su fuerza y de su capacidad ofensiva. 1574 marcó, sin embargo, un vuelco decisivo en la gigantomaquia mediterránea. Para España, Túnez significó, quizás, su último error en el Mediterráneo. Para el turco, Túnez fue la última gran victoria antes de su declive. A partir de entonces ambas potencias, cansadas del largo pulso que venían manteniendo y forzadas a ocuparse de otros frentes, se dieron la espalda.

La paz cayó como una fruta madura. España y el imperio turco firmaron la tregua, renovada periódicamente hasta fines de siglo. Un nuevo repunte del conflicto causó alarma en 1591, pero la dimensión del enfrentamiento (fintas, amagos, ninguna acción de envergadura en suma) estaba muy lejos de alcanzar los

niveles del período anterior. A pesar de ello, el corso a uno y otro lado del Estrecho y el mar de Alborán continuó siendo, como hasta entonces, un fenómeno común⁴⁶.

4. Un marco de violencia permanente: el corso a uno y otro lado del Estrecho

En efecto, el corsarismo seguía siendo una constante en el Mediterráneo, alentado sobre todo en las ciudades costeras de Berbería como Túnez o Argel⁴⁷. B. Vincent se refiere a la incansable actividad de los corsarios berberiscos en el decenio 1560-70, que tuvo su punto álgido en el saqueo de Tabernas en 1567, con el secuestro de 45 cristianos tras un asalto protagonizado por 350 berberiscos. El mismo autor narra el ataque a Cuevas de Almanzora en 1573, a cargo de una escuadra de veintitrés naves que habían partido de Tetuán al mando del caid Said el Doghali, haciendo una numerosa presa de cristianos. Los asaltantes, según ciertos testimonios, iban “vestidos de grana y terciopelo carmesí” y portaban “siete banderas tendidas y un estandarte dorado que algunas gentes conocieron ser del rey de Argel”. Se sospechó que habían obtenido la colaboración de algunos moriscos que vivían en la zona y que el ataque había sido instigado por los moriscos instalados en Tetuán tras la sublevación de 1568-70. En carta dirigida por Dogali a Pedro de Deza, aquél enmarcaba tales hechos dentro de un estado natural de cosas:

*“... obligados somos los moros a hazer la guerra a cristianos y los cristianos a los moros, yo fui al lugar de las Cuevas y tomé allí docientas y cuarenta y tantas almas, hombres y mujeres y niños (...), yo vine a este lugar de tituán donde estoy de camino para Marruecos con esta presa, la qual va para el Rey mi señor (...), cierto que yo holgaría que con toda presteça V. S. diese orden en cómo mandar rescatar toda esta presa...”*⁴⁸.

El fenómeno se prolongaría a lo largo del siglo XVII, y aún en el XVIII⁴⁹. La necesidad de defender los lugares litorales de los ataques de la piratería turco-berberisca llevaría a crear una flota de galeras en Gibraltar en los primeros años del XVI. A partir de 1540, la base de dicha flota se trasladó a El Puerto de Santa

⁴⁶ Iglesias Rodríguez, Juan-José (1997).

⁴⁷ Feijoo, R. (2003).

⁴⁸ Vincent, B. (1985:287-301).

⁴⁹ Martín Corrales, (1998, 2009).

María, cuyo puerto fluvial, menos expuesto, presentaba mayores condiciones de seguridad como internadero para las galeras. Entre los primeros capitanes generales de la flota de galeras se encuentra don Bernardino de Mendoza, quien hizo frente con sus barcos a Dragut en el Estrecho. Otros ilustres nombres de marinos del XVI figuran en la nómina de capitanes generales de las galeras. Don Álvaro de Bazán fue combatido por los turcos en la bahía en 1559. Le sucedieron en el cargo don Juan y don Francisco de Mendoza, don Luis de Requeséns, don Sancho de Leyva, don Gil de Andrade, el marqués de Santa Cruz y don Martín de Padilla, conde de Santa Gadea y Adelantado Mayor de Castilla⁵⁰. Es preciso señalar que el vacío historiográfico puesto de manifiesto por H. Sancho en 1943 en relación a la residencia en El Puerto de las galeras de España y de la Capitanía General del Mar Océano sigue en gran medida sin cubrirse⁵¹.

Para aumentar la seguridad del litoral, Felipe II ordenó también la construcción de torres costeras que sirvieran para avistar velas enemigas y para dar aviso a través de fuegos y humaredas:

“Don Felipe, por la gracia de Dios... sepades que habiendo tenido noticia... del daño que los corsarios de Berbería habían hecho y hacían cada día en la costa de Andalucía y en las arenas gordas que era el distrito que caía desde Sanlúcar a la villa de Ayamonte... hubimos mandado que se hiciesen y fabricasen ciertas torres y atalayas en toda la dicha costa para la guarda de ella, porque por aquella vía los dichos corsarios serían más fácilmente descubiertos...”

El riesgo era más evidente en el lugar más próximo a Berbería: Tarifa, donde el rey mandó levantar tres torres, una de ellas en la desembocadura del río Guadalmequí, donde los moros hacían aguada y desembarcadero. Tarifa era un ejemplo claro de lugar de frontera, condición que sus vecinos tenían interiorizada, manteniendo una permanente actitud defensiva frente a los ataques berberiscos. En 1615, en respuesta a una averiguación practicada por Juan de Arellano, los tarifeños respondían que

“muchas veces suelen venir (los moros) a correr estos términos, los que suelen llevar algunas personas que había en los campos y los llevan cautivos”. A ello añadían “que los campos de esta ciudad no están seguros porque de ordinario los moros corren las haciendas y

⁵⁰ Sancho, H. (1943, 225-260).

⁵¹ Sancho, H. (1943, 225). Una notable excepción es el interesante artículo de Buhigas, J- I. (1988).

se suelen llevar algunos cautivos y algunas veces han muerto algunas reses de ganado... y que a una de este estrecho de mar hasta la tierra de Berbería desde esta ciudad hacen dos leguas y media... y que desde esta ciudad se ven los sembrados de los moros...⁵².

Esta condición de tierra fronteriza hizo de los vecinos de Tarifa gente belicosa. Un cronista anónimo de esta ciudad escribía de ellos que

“no son inclinados al trabajo..., y muchos tienen más inclinación a la guerra y en ella tienen más necesidad de freno que disputas... en los rebatos que los moros y turcos nos suelen dar y ansimismo por las entradas que por nuestra parte se hacen en tierra de ellos...”.

Un ejemplo de asalto musulmán en Tarifa es el registrado en 1600. En enero de dicho año aparecieron entre Tarifa y Gibraltar dos galeotas berberiscas, de las que desembarcaron en la zona llamada de las Mezquitillas cuarenta hombres, los cuales se adentraron en tierra, donde consiguieron cautivar a cuatro vecinos de Tarifa que estaban sembrando sus heredades. Detectados por guardas y atajadores, se hicieron almenaras y se tocó a rebato. La acción del dispositivo de defensa fue un éxito, ya que veinte moros y turcos fueron capturados. En la presa se tomó como cautivo a un

“...moro llamado Andalesis, el cual era almocadén y arraez de moros y corsario del mar y tierra y había hecho grandes cautivos y cautiverios en esta costa”. Estaba considerado como “el moro más dañoso de la Berbería que venía a las costas de España”.

Más ejemplos de lo que sucedía en las costas del Estrecho de Gibraltar. Las actas capitulares de Tarifa recogen que el 11 de noviembre de 1617, a las tres de la tarde, apareció por la parte de levante en la zona de Guadalmesí una armada de 36 navíos griegos de alto bordo, que cañonearon la ciudad. Ésta hizo la correspondiente prevención para su defensa. Ese mismo día el enemigo echó pie a tierra en Bolonia, donde desembarcaron cuatrocientos turcos, todos armados con arcabuces y mosquetes, haciendo gran “...estrago en los ganados, matando y llevando muchas vacas, cabras y puercos...”.

Pero los tarifeños también practicaban la guerra ofensiva, desembarcando y atacando las costas africanas en busca de una buena presa, en una práctica de

⁵² Criado Atalaya F-J. (2007).

corsarismo que hunde sus raíces en la Baja Edad Media. Así nos describe estas acciones el cronista anónimo de Tarifa:

“...de noche y con todo secreto pasan a la dicha Berbería tres o cuatro hombres prácticos y diestros en ella, a los cuales llamamos almocadenes, éstos, embreñados donde lo alto de los montes..., veen y espían los aduares, hatos y cabañas... y también los navíos de corsarios que se acogen... y teniendo reconocidos de lo dicho lo que les está más a cuenta, de noche en partes secretas de donde no sean vistos de los moros ni sentidos, con encender un hacho de fuego que decimos almenara nos dicen y avisan de todo lo que tienen espiado... y conforme la seña desembarca la gente y, guiados de ellas, hacen sus presas y algunas veces con tanta brevedad que amanecen con ellas en Tarifa...”⁵³.

5. Relaciones pacíficas. La diplomacia

El panorama descrito a lo largo de estas páginas parece sugerir que España y el Magreb vivieron una situación de guerra permanente en la primera etapa de la modernidad. Sin embargo, tal situación no excluye la existencia de relaciones pacíficas e, incluso, amistosas. Por lo que concretamente respecta a Marruecos, hay que constatar la existencia de ocasionales alianzas con el objetivo de hacer frente al enemigo común turco. Por otra parte, España intervino en los enfrentamientos internos por el poder en Marruecos en apoyo de alguna de las facciones en liza.

M. García-Arenal, F. Rodríguez Mediano y Rachid el Tour nos proporcionan abundante información al respecto⁵⁴. Desde mediados del XVI el reino de Fez quedó bajo el dominio de la dinastía saadí, que sustituyó a la anterior dinastía, los wattasíes. Aunque los saadíes proclamaban la *yihad* contra portugueses y españoles, que ocupaban diversos puertos en el litoral marroquí, como Melilla, Ceuta, Tánger, Mazagán, Azemor, Safi y Santa Cruz de Cabo Agué, procuraron la alianza de España para protegerse de la amenaza turca y para disponer de apoyo en las luchas dinásticas por el poder que se suscitaron en diversas ocasiones.

⁵³ *Ibidem*.

⁵⁴ García-Arenal, F., Rodríguez Mediano, F. y Rachid el Tour (2002); García-Arenal, F. y de Bunes, M-A. (1992).

En plena lucha contra el último jerife wattasí, Muhammad al-Sayj arrebató Tremecén a los turcos en 1550. El nuevo jerife saadí entabló contactos con España de cara a formar una alianza con el fin de expulsar a los turcos del Magreb. A partir de entonces, las relaciones hispano-marroquíes se basaron en el interés común de hacer frente a la amenaza turca.

Por lo que respecta a la intervención española en los conflictos sucesorios desatados en Marruecos, hay que contar con el apoyo que Felipe II prestó a ‘Abd al-Malik a la muerte del jerife ‘Abd Allah en 1574, frente a su sobrino Muhammad al-Mutawakkil. Ambos rivales murieron en la batalla de Alcazarquivir (1578), tras la intervención del rey de Portugal don Sebastián, lo que propició el ascenso al trono de Ahmed al-Mansur. Éste mantuvo también buenas relaciones con España, una muestra de las cuales fue el viaje que su hijo, Muley Xequé, emprendió a España y Portugal (unidas bajo la corona de Felipe II) en 1588-1589, durante el que el monarca español cursó órdenes para que el heredero al trono marroquí y su séquito fueran bien tratados en los lugares por los que pasaran. Cuando Muley Xequé ascendió al trono a la muerte de su padre, tras una nueva guerra dinástica, se erigió en el principal aliado de los españoles en Marruecos. Al morir en 1613, su hijo, ‘Abd Allah, mantuvo también buenas relaciones con los españoles, aunque, debido a las divisiones internas del país, su papel como interlocutor resultó cada vez menos importante.

El viaje de Muley Xequé a la Península Ibérica ilustra cómo, dentro del marco habitual de desconfianza mutua, también existieron relaciones cordiales entre españoles y musulmanes norteafricanos, en el contexto de una alianza que perseguía beneficios políticos recíprocos. El ejemplo abona la tesis de que, pese a todo el aparato propagandístico que puso el énfasis en el enfrentamiento por motivos religiosos -dos religiones que implicaban fronteras infranqueables, dos culturas contrapuestas, dos mundos irreconciliables- la verdadera naturaleza de las relaciones, por lo general conflictivas, entre ambas orillas del Estrecho a comienzos de la Edad Moderna se encuentra más en los intereses de carácter político y económico que en el enfrentamiento religioso, sin que éste, por su parte, representara un factor sin importancia. Intereses políticos y económicos que oscilaron en función de la coyuntura y que no impidieron el eventual establecimiento de alianzas en las que cada parte buscaba su particular beneficio.

Guerra y paz, episodios pacíficos y violentos, presiden la compleja trama de relaciones entre el Magreb y las potencias atlánticas ibéricas en los difíciles momentos en los que nacía la modernidad europea. La política norteafricana, clave para entender el desarrollo de aquellos tiempos, estuvo pronto mediatizada por el enfrentamiento entre dos imperios, el turco y el español, por la hege-

monía del *Mare Nostrum*. Esta dinámica envolvió de manera intensa al Magreb, cuyo litoral se vio implicado en tales luchas por el control territorial y político, revestidas sin embargo de galvanizantes justificaciones religiosas. Las relaciones con el norte de África, tanto el Mediterráneo como el Atlántico, marcaron profundamente el devenir histórico del litoral andaluz, en general, y el de El Puerto de Santa María, en particular, a fines de la Edad Media y en los albores de la Moderna. El descubrimiento de América ampliaría enormemente aquel horizonte de expansión y forzaría una reordenación de objetivos y prioridades. En uno y otro caso, al analizar ambas proyecciones, conviene no olvidar nunca que se trata de una sola historia con dos orillas compartidas.

Referencias bibliográficas

- AA. VV. (2006): *Historia de la pesca en el ámbito del Estrecho*, 2 vols., Sevilla.
- AA. VV. (2009): *La pesca en la Edad Media*, Madrid, Sociedad de Estudios Medievales.
- ALONSO ACERO, B. (2000): *Orán-Mazalquivir, 1589-1639: una sociedad española en la frontera de Berbería*. Madrid.
- _____ (2006): *Cisneros y la conquista española del norte de África: cruzada, política y arte de la guerra*. Madrid.
- AZNAR VALLEJO, E. (1997): “Curso y piratería en las relaciones entre Castilla y Marruecos en la Baja Edad Media”. *La España medieval*, nº 20, p. 407-419.
- _____ (2005): “La guerra de allende. Los condicionamientos mentales y técnicos de la nueva frontera”. En *Guerra y diplomacia en la Europa Occidental, 1280-1480*. XXXI Semana de Estudios Medievales. Pamplona.
- _____ (2007): “África en la política de Isabel la Católica”, en Ribot, L.; Valdeón, J. y Maza, E. (coord.), *Isabel la Católica y su época*, Valladolid, Vol. 1, p. 501-610.
- BARBERO, A. (2011): *Lepanto. La batalla de los tres imperios*, Barcelona, Pasado & Presente.
- BELLO LEÓN, J-M. (1993), “Apuntes para el estudio de la influencia del corso y la piratería en la política exterior de los Reyes Católicos”, *Historia. Instituciones. Documentos*, nº 23, p. 63-97.
- BENNASSAR, B. y L. (1989): *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*. Madrid.
- BRAUDEL, F. (1976): *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México.
- _____ (1993): *En torno al Mediterráneo*. Barcelona.
- BUHIGAS CABRERA, J-I. (1998): “Notas para la historia de las galeras en el siglo XVII. Un intento del duque de Medinaceli de eliminar de El Puerto el fuero militar”, *Revista de Historia de El Puerto*, nº 1, p. 35-41.
- CASTAÑEDA, P. (1995): “Las exploraciones castellanas y los problemas con Portugal

- antes de 1492”, en Ribot, L.; Carrasco, A. y Adao de Fonseca, L. (coords.), *El Tratado de Tordesillas y su época*, Valladolid, vol. II; p. 913-934.
- CASTRO, A. (1994), “A expansao ultramarina espanhola e portuguesa nos fins do século XV”, en Carabias, Ana-M^a, *Las relaciones entre Portugal y Castilla en la época de los descubrimientos y la expansión colonial*, Salamanca, Universidad, p. 111-116.
 - CHAUNU, Pierre (1982), *La expansión europea (siglos XIII al XV)*, Barcelona, Labor.
 - CRIADO ATALAYA, F. J. (2007): *Tarifa en el reinado de Felipe III. Una ciudad de realengo*, Madrid, UNED.
 - *Curso de conferencias sobre la política africana de los Reyes Católicos* (1951). Madrid, Instituto de Estudios Africanos.
 - DE BUNES, M-A. (1989): *La imagen de los musulmanes y del norte de África en la España de los siglos XVI y XVII*. Madrid, CSIC.
 - _____ (2004): *Los Barbarroja: corsarios del Mediterráneo*. Madrid, Alderabán.
 - ELLIOTT, J-H. (1981): *La España dividida, 1559-1598*. Madrid, Siglo XXI.
 - FÁBREGAS GARCÍA, Adela (2008), “Actividad marítima y mercantil en el Magreb Occidental: relatos de un observador portugués en el Estrecho”, *Revista del Centro de Estudios de Granada y su Reino*, nº 20, p. 151-173.
 - FEIJOO, R. (2003): *Corsarios berberiscos*. Barcelona, Belacqua.
 - FRANCO SILVA, A. (1979): *La esclavitud en Sevilla y su tierra a fines de la Edad Media*. Sevilla, Diputación Provincial.
 - _____ (1995): “Los pescadores del Puerto de Santa María y sus problemas a comienzos del siglo XVI”. *Historia. Instituciones. Documentos*, nº 22, p. 191-214.
 - GARCÍA-ARENAL, M. y VIGUERA, M. J. (eds.) (1988): *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*. Madrid, CSIC.
 - GARCÍA-ARENAL, M. y DE BUNES, M-A. (1992): *Los españoles y el norte de África: siglos XV-XVIII*. Madrid, Mapfre.
 - GARCÍA-ARENAL, M.; RODRÍGUEZ MEDIANO, F.; EL HOUR, R. (2002): *Cartas marruecas. Documentos de Marruecos en archivos españoles (siglos XVI-XVII)*. Madrid, CSIC.
 - GARCÍA FERNÁNDEZ, M. (1990): *Andalucía, guerra y frontera (1312-1350)*, Sevilla, Fondo de Cultura Andaluza.
 - GARCÍA FIGUERAS, T. (1943): *Presencia de España en Berbería central y oriental: Tremecén-Argel-Túnez-Trípoli*. Madrid, Editora Nacional.
 - _____ (1957): “Cabalgadas, correrías y entradas de los andaluces en el litoral africano en la segunda mitad del siglo XV”, *Revista de Historia Militar*, 1, p. 51-79.
 - GONZÁLEZ CRUZ, David (coord.) (2012), *Descubridores de América. Colón, los marinos y los puertos*, Madrid, Sílex.
 - GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (1985): “La Baja Andalucía en vísperas del Descubrimiento”. *VII Jornadas de Estudios Canarias-América. Canarias-América antes del Descubrimiento: La expansión europea*. Santa Cruz de Tenerife, p. 109-149.

- GUTIÉRREZ CRUZ, R. (1995): *La presencia española en el norte de África: el sistema de presidios en la época de los Reyes Católicos (1497-1516)*. Málaga, Universidad de Málaga.
- IGLESIAS RODRÍGUEZ, J.-J. (1997): “España y la lucha por la hegemonía mediterránea frente al Islam en la segunda mitad del siglo XVI”. En *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España*. Sevilla, Cátedra General Castaños, p. 495-512.
- _____ (2003): *Monarquía y nobleza señorial en Andalucía. Estudios sobre el señorío de El Puerto (siglos XIII-XVIII)*, Sevilla, Universidad de Sevilla.
- _____ (2004), *La villa de Puerto Real en la Edad Moderna (1483-1812)*, Málaga, Fundación Unicaja.
- LADERO QUESADA, M.-A. (1988): *Castilla y la conquista del Reino de Granada*, Granada, Diputación Provincial.
- _____ (1989): “Castilla, Gibraltar y Berbería (1252-1516)”. En *Los mudéjares de Castilla y otros estudios de historia medieval andaluza*, Granada, Universidad de Granada.
- LÓPEZ BELTRÁN, M^a-T. (2000): “Curso y piratería en el comercio exterior del reino de Granada en época de los Reyes Católicos”, *Baetica. Estudios de arte, geografía e historia*, nº 22, p. 373-390.
- _____ (2001): “Cabalgadas en el mar de Alborán en tiempos de los Reyes Católicos”. *Miscelánea de estudios árabes y hebraicos. Sección Árabe-Islam*, vol. 50, p. 169-186.
- LÓPEZ DE COCA CASTAÑER, J.-E. (1978): “Relaciones mercantiles entre Granada y Berbería en época de los Reyes Católicos”, *Baetica*, nº 1, p. 293-312.
- _____ (2001): “Andalucía y el norte de África: la redención de cautivos a fines de la Edad Media”, *Andalucía medieval. Actas del III Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, vol. 5 (Andalucía medieval I), p. 252-292.
- MARTÍN CORRALES, E. (1998), “Les conséquences de la course espagnole sur l’ économie marocaine (XVI-XVIII siècles)”, *Maroc-Europe*, 11, p. 227-248.
- _____ (2000): “La pesca española en el Magreb (ss. XVI-XVIII)”, en Doneddu, G. y Gangemi, M., *La pesca nel Mediterraneo Occidentale (secc. XVI-XVIII)*, Bari, 2000, p. 9-38.
- _____ (2008): “Exportaciones españolas al Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVIII)”, en Martínez Torres, J. A., *Circulación de personas e intercambios comerciales en el Mediterráneo y el Atlántico (siglos XVI, XVII, XVIII)*, Madrid, CSIC, p. 191-214.
- _____ (2009): “El corso en Andalucía en la Edad Moderna”, en García Hurtado, M.-R.; González Lopo, D. L. y Martínez Rodríguez, E., *El mar en los siglos modernos*, II, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, p. 293-304.
- MARTÍNEZ TORRES, J.-A. (2004): *Prisionero de los infieles. Vida y rescate de los cautivos cristianos en el Mediterráneo musulmán (siglos XVI-XVII)*. Barcelona, Ediciones Bellaterra.

- ONTIVEROS HERRERA, E-G. (1950): *La política norteafricana de Carlos I*. Madrid, CSIC.
- OTTE, E. (1996): *Sevilla y sus mercaderes a fines de la Edad Media*, Sevilla, Universidad de Sevilla-Fundación El Monte.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A-R. (2010): *Lepanto. La batalla que salvó a Europa*, Madrid, Sekotia.
- RUMEU DE ARMAS, A. (1957): *España en el África Atlántica*. Madrid, CSIC.
- ____ (1976): *Cádiz, metrópoli del comercio con África en los siglos XV y XVI*. Cádiz, Caja de Ahorros de Cádiz.
- SÁNCHEZ HERRERO, J. (1981): *Cádiz: la ciudad medieval y cristiana (1260-1525)*. Córdoba, Caja de Ahorros de Córdoba.
- ____ (1984): “Corsarios y piratas entre los comerciantes gaditanos durante la segunda mitad del siglo XV”, *Estudios de Historia y de Arqueología Medievales*, III-IV, p. 98-108.
- SANCHO MAYI, H. (1943): *Historia del Puerto de Santa María desde su incorporación a los dominios cristianos en 1259 hasta el año mil ochocientos*. Cádiz, Escelicer (reedición por la Universidad de Cádiz en 2007, con proemio de M. González Jiménez y J. J. Iglesias).
- SANCHO DE SOPRANIS, H. (1943-1944): “Las entradas de Pedro de Vera en Berbería”, *Mauritania*, p. 356-357, y 27-28.
- ____ (1949): “Las relaciones entre los marinos de Poniente y del Puerto de Santa María en el decenio 1482-1492 según notas del escribano portuense Hernando de Carmona (1483-1484)”, *Estudios Geográficos*, nº 10, p. 669-699.
- ____ (1951): “Charles de Valera”, *Hispania*, 44, p. 413-540.
- SOLA, Emilio (1988), *Un Mediterráneo de piratas: corsarios, renegados y cautivos*, Madrid, Tecnos.
- TÉLLEZ ALARCIA, D. (2000): “El papel del Norte de África en la política exterior de Felipe II. La herencia y el legado”. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*, 13, p. 385-420.
- TORRES, Diego de (1980), *Relación del origen y suceso de los xarifes y de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante* (ed. M. García Arenal), Madrid, Siglo XXI.
- VINCENT, B. (1985): *Andalucía en la Edad Moderna: economía y sociedad*. Granada, Diputación Provincial de Granada.